

## **Entender el patriarcado**

bell hooks

publicado en *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love*, Simon and Schuster, 2004

traducción: Gabriela Adelstein, Buenos Aires, 2014

El patriarcado es la más peligrosa enfermedad social que ataca el cuerpo y el espíritu masculinos en nuestro país. Sin embargo, la mayoría de los varones no usa la palabra “patriarcado” en su vida diaria. La mayoría de los varones no piensan jamás en el patriarcado—lo que significa, cómo es creado y sostenido. Muchos varones de nuestro país no sabrían deletrear la palabra, ni pronunciarla correctamente. La palabra “patriarcado” no es parte de su pensamiento cotidiano ni de su habla normal. Los varones que sí han oído y conocen la palabra, habitualmente la asocian con la liberación de la mujer, con el feminismo, y por lo tanto la descartan por irrelevante a sus propias experiencias. He estado parada en podios hablando sobre el patriarcado por más de treinta años. Es una palabra que utilizo diariamente, y los varones que me oyen usarla a menudo me preguntan qué entiendo por ella.

Nada desvaloriza más la vieja proyección antifeminista de los varones como todopoderosos que su ignorancia básica de una faceta fundamental del sistema político que da forma y sustancia a la identidad masculina y a su sentido de sí mismos desde el nacimiento hasta la muerte. A menudo uso la frase “patriarcado capitalista imperialista supremacista blanco”, para describir los sistemas políticos interconectados que forman la base de la política de nuestro país. De estos sistemas, el que más aprendemos mientras crecemos es el sistema del patriarcado, incluso si nunca escuchamos la palabra, porque los roles de género patriarcales nos son asignados cuando niñxs, y se nos entrena continuamente sobre las formas en que mejor podemos cumplir con esos roles.

El patriarcado es un sistema político-social que insiste en que los machos son inherentemente dominantes, superiores a todos los seres y a todas las personas consideradas débiles (especialmente las hembras), y dotados del derecho a dominar y reinar sobre los débiles y a mantener esa dominación a través de distintas formas de terrorismo y violencia psicológicas. Cuando mi hermano mayor y yo nacimos, con un año de diferencia, el patriarcado determinó cómo cada uno de nosotros sería considerado por nuestro padre y nuestra madre. Ambos progenitores creían en el patriarcado; se les había enseñado el pensamiento patriarcal a través de la religión.

En la iglesia habían aprendido que Dios creó al hombre para regir el mundo y todo lo que hay en él, y que el trabajo de las mujeres era ayudar a los hombres a realizar estas tareas, obedecer, y siempre asumir un rol subordinado en relación con un hombre poderoso. Se les enseñó que Dios era varón. Estas enseñanzas fueron reforzadas en todas las instituciones que encontraron: escuelas, tribunales, clubes, campos de deporte, además de iglesias. Al adoptar el pensamiento patriarcal, como todas las demás personas a su alrededor, lo enseñaron a sus hijos porque parecía una forma “natural” de organizar la vida.

Como su hija, se me enseñó que mi rol era servir; ser débil; estar libre de la carga de pensar; cuidar y nutrir a otros. A mi hermano se le enseñó que su rol era ser servido; proveer; ser fuerte; pensar, armar estrategias y planificar; y rehusarse a cuidar o nutrir a otros. Se me enseñó que no era correcto para una mujer ser violenta, que eso era “antinatural”. A mi hermano se le enseñó que su valor estaría determinado por su voluntad de hacer violencia (en los ámbitos apropiados). Se le enseñó que un varón no debía expresar sentimientos. Se me enseñó que las mujeres pueden y deben expresar sentimientos, o al menos algunos de ellos. Cuando respondía con ira al negarme un juguete, se me enseñó, como niña en un hogar patriarcal, que la ira no era un sentimiento femenino adecuado, que la ira no sólo no debía ser expresada sino que debía ser erradicada. Cuando mi hermano respondía con ira al serle negado un juguete, se le enseñó como niño en un hogar patriarcal que su capacidad de expresar ira era buena, pero que debía aprender cuál era el mejor ámbito para desatar

su hostilidad. No era bueno para él utilizar su ira para oponerse a los deseos de su padre y su madre, pero más adelante, cuando creció, se le enseñó que la ira estaba permitida y que dejar que la ira lo provocara a la violencia lo ayudaría a proteger su hogar y su nación.

Vivíamos en una zona de granjas, aisladxs de otra gente. Nuestro sentido de los roles de género fue aprendido de nuestra madre y nuestro padre, de las formas en que lxs veíamos comportarse. Mi hermano y yo recordamos nuestra confusión sobre el género. En realidad, yo era más fuerte y más violenta que mi hermano, y rápidamente aprendimos que eso era malo. Y él era un chico amable y pacífico, y aprendimos que eso era realmente malo. Si bien a menudo estábamos confundidxs, sabíamos ciertamente algo: no podíamos ser y actuar de la forma que queríamos, haciendo lo que sentíamos. Estaba claro para nosotrxs que nuestro comportamiento tenía que seguir un guión generizado y predeterminado. Ambxs aprendimos la palabra “patriarcado” en nuestra vida adulta, cuando aprendimos que el guión que había determinado lo que deberíamos ser y las identidades que debíamos construir estaba basado en valores y creencias patriarcales sobre el género.

Siempre estuve más interesada que mi hermano en desafiar al patriarcado, porque era el sistema que siempre me dejaba fuera de las cosas en las que quería participar. En nuestra vida familiar de los años '50, las bolitas eran juego de varones. Mi hermano había heredado sus bolitas de varones de la familia; tenía una caja en la que las guardaba. De todos los tamaños y formas, de colores maravillosos, eran a mis ojos los objetos más hermosos. Jugábamos juntxs con ellas, y yo a menudo agresivamente acaparaba la bolita que más me gustaba, rehusándome a compartir. Cuando papá estaba trabajando, nuestra madre ama de casa estaba contenta de vernos jugar juntxs a las bolitas. Sin embargo a papá, que miraba nuestro juego desde una perspectiva patriarcal, lo que veía lo perturbaba. Su hija, agresiva y competitiva, era mejor jugadora que su hijo. Su hijo era pasivo; al chico no parecía importarle realmente quién ganaba, y estaba dispuesto a entregar bolitas si se las pedían. Papá decidió que este juego tenía que terminar, que tanto mi hermano como yo necesitábamos aprender una lección sobre los roles de género apropiados.

Una tarde papá le dio permiso a mi hermano para sacar la lata de las bolitas. Anuncié mi deseo de jugar, y mi hermano me dijo que “las chicas no juegan a las bolitas”, que era un juego de varones. Esto no tenía ningún sentido para mi mente de cuatro o cinco años, e insistí en mi derecho a jugar, agarrando bolitas y tirando. Papá intervino para decirme que parara. No lo escuché. Su voz subió de volumen. De pronto me agarró, rompió una tabla de la puerta, y empezó a pegarme con ella, diciéndome “Vos sos sólo una nena pequeña. Cuando te digo que hagas algo, quiero que lo hagas.” Me pegó y me pegó, queriendo que yo admitiera que entendía lo que había hecho. Su ira, su violencia, captó la atención de todxs. Nuestra familia estaba sentada como hechizada, fascinada por la pornografía de la violencia patriarcal. Después de esta paliza fui exiliada— forzada a quedarme sola en la oscuridad. Mamá vino a mi dormitorio para aliviar el dolor, diciéndome en su suave voz sureña, “Traté de advertirte. Tenés que aceptar que sos sólo una niñita, y las niñas no pueden hacer lo que hacen los varones.” Al servicio del patriarcado, su tarea era reforzar que papá había hecho lo correcto, poniéndome en mi lugar, restaurando el orden social natural.

Recuerdo este evento traumático tan bien porque era una historia que se contaba una y otra vez en mi familia. A nadie le importaba que el constante re-relato pudiera desencadenar stress post-traumático; el re-relato era necesario para reforzar tanto el mensaje como el estado recordado de absoluta impotencia. El recuerdo de esta brutal paliza a una hija-niña pequeña por parte de un hombre grande y fuerte servía para más que un mero recordatorio de mi lugar generizado: era un recordatorio para todas las personas que estaban mirando/recordando, para todxs mis hermanxs, varones y mujeres, y para nuestra madre-mujer adulta que nuestro padre patriarcal era el gobernante en nuestro hogar. Debíamos recordar que si no obedecíamos sus reglas, seríamos castigadxs, castigadxs incluso hasta la muerte. Ésta es la forma en que fuimos entrenados experiencialmente en el arte del patriarcado.

No hay nada de único o siquiera de excepcional en esta experiencia. Escuchen las voces de hijxs adultxs heridxs criadxs en hogares patriarcales, y oirán diferentes versiones con el mismo tema subyacente, el

uso de la violencia para reforzar nuestro adoctrinamiento y nuestra aceptación del patriarcado. En *How Can I Get Through To You?*, el terapeuta familiar Terrence Real cuenta cómo sus hijos fueron iniciados en el pensamiento patriarcal aun cuando sus padres trabajaban para crear un hogar amoroso en el que prevalecían los valores antipatriarcales. Cuenta cómo su pequeño hijo Alexander disfrutaba vistiéndose de Barbie, hasta que unos chicos que jugaban con su hermano mayor presenciaron su persona Barbie y le hicieron saber mediante su mirada y su silencio estupefacto y reprobador que su comportamiento era inaceptable:

Sin un ápice de malevolencia, la mirada que mi hijo recibió transmitió un mensaje. No podés hacer esto. Y el medio en el que ese mensaje fue transmitido fue una emoción potente: vergüenza. A los tres años, Alexander estaba aprendiendo las reglas. Una transacción muda de diez segundos fue lo suficientemente poderosa para disuadir a mi hijo, de ahí en adelante, de lo que había sido una actividad favorita. Llamo a estos momentos de inducción la “traumatización normal” de los varones.

Para adoctrinar a los varones en las reglas del patriarcado, los forzamos a sentir dolor y a negar sus sentimientos.

Mis historias ocurrieron en los años '50; las historias que cuenta Real son recientes. Todas subrayan la tiranía del pensamiento patriarcal, el poder de la cultura patriarcal para mantenernos cautivxs. Real es uno de los pensadores más iluminadxs en el tema de la masculinidad patriarcal en nuestro país, y sin embargo informa a sus lectores que él mismo no puede mantener a sus hijos fuera del alcance del patriarcado. Los chicos sufren sus embates, como los sufren todos los niños y las niñas en mayor o menor medida. Indudablemente, al crear un hogar amoroso que no es patriarcal, Real al menos ofrece una alternativa a sus hijos: pueden elegir ser ellos mismos, o pueden elegir la conformidad con los roles patriarcales. Real utiliza la frase “patriarcado psicológico” para describir el pensamiento patriarcal común a mujeres y varones. A pesar del visionario pensamiento feminista contemporáneo que deja en claro que alguien con pensamiento patriarcal no necesariamente es un varón, mucha gente sigue viendo a los hombres como el problema del patriarcado. Esto no es así, de ninguna

manera. Las mujeres pueden estar tan involucradas en el pensamiento y la acción patriarcales como los varones.

Resulta útil la clara definición de patriarcado del psicoterapeuta John Bradshaw, en *Creating Love*: “El diccionario define al ‘patriarcado’ como una ‘organización social marcada por la supremacía del padre del clan o familia, tanto en funciones domésticas como religiosas’.” El patriarcado está caracterizado por la dominación masculina, por el poder masculino. Dice además que “las reglas patriarcales aún gobiernan la mayoría de los sistemas religiosos, escolares y familiares del mundo.” Describe las más nocivas de estas reglas, enumerando “la obediencia ciega—el cimiento sobre el cual se sostiene el patriarcado; la represión de todas las emociones excepto el miedo; la destrucción de la voluntad individual; y la represión del pensamiento cada vez que se aparta de la forma de pensar de la figura de autoridad”. El pensamiento patriarcal moldea los valores de nuestra cultura. Somos socializadxs en este sistema, tanto las mujeres como los varones. La mayoría de nosotrxs aprendimos las actitudes patriarcales en nuestra familia de origen, y nos las enseñaron nuestras madres. Estas actitudes fueron reforzadas en las escuelas y las instituciones religiosas.

La presencia contemporánea de hogares encabezados por mujeres ha llevado a mucha gente a suponer que lxs niñxs en estos hogares no están aprendiendo valores patriarcales, porque no hay varones presentes. Suponen que los varones son los únicos que enseñan el pensamiento patriarcal. Sin embargo, muchos hogares encabezados por mujeres adhieren al pensamiento patriarcal y lo promueven con mucha más pasión que los hogares con dos progenitores. Como no tienen una realidad experiencial que desafíe las falsas fantasías de los roles de género, es mucho más probable que sean las mujeres de estos hogares quienes idealicen al rol masculino patriarcal y a los varones patriarcales, que las mujeres que viven con varones patriarcales todos los días. Tenemos que subrayar el rol que asumen las mujeres en la perpetuación y el mantenimiento de la cultura patriarcal, de modo tal que reconozcamos al patriarcado como un sistema sostenido igualmente por mujeres y varones, incluso si son los varones quienes mayores recompensas reciben de ese

sistema. Desmantelar y cambiar la cultura patriarcal es un trabajo que varones y mujeres deben realizar juntxs.

Es obvio que no podemos desmantelar un sistema si nos dedicamos a negar colectivamente su impacto sobre nuestras vidas. El patriarcado requiere la dominación masculina por cualquier medio, y por lo tanto sostiene, promueve y consiente la violencia sexista. Donde más oímos hablar sobre violencia sexista es en los discursos públicos sobre violación y abuso por parte de compañeros domésticos. Pero las formas más comunes de violencia patriarcal son las que ocurren en el hogar entre progenitores patriarcales y niñxs. El objetivo de tal violencia es habitualmente reforzar un modelo de dominación, en el que la figura de autoridad es considerada amo y señor de aquellxs sin poder, con derecho a mantener esa dominación mediante prácticas de sojuzgamiento, subordinación, y sumisión.

Una de las formas en que se mantiene la cultura patriarcal es evitar que tanto varones como mujeres cuenten la verdad sobre lo que les sucede en las familias. La gran mayoría de los individuos hace cumplir una regla tácita de la cultura en general, que demanda que mantengamos los secretos del patriarcado, protegiendo así la dominación del padre. Esta regla de silencio se mantiene cuando la cultura niega a todxs el acceso incluso a la palabra “patriarcado”. La mayoría de lxs niñxs no aprenden cómo se llama este sistema de roles de género institucionalizado, y por lo tanto raramente lo nombramos en el habla diaria. Este silencio promueve la negación. ¿Y cómo podemos organizarnos para desafiar y modificar un sistema que no puede ser nombrado?

No es accidental que las feministas comenzaran a usar la palabra “patriarcado” para reemplazar los términos más comunes “chauvinismo machista” y “sexismo”. Estas valientes voces querían que varones y mujeres tomaran consciencia de la forma en que el patriarcado nos afecta a todxs. En la cultura popular, la palabra misma casi no se utilizaba durante el apogeo del feminismo contemporáneo. Las activistas anti-hombre estaban tan poco deseosas como sus contrapartes, los varones

sexistas, de enfatizar el sistema del patriarcado y la forma en que funciona, porque esto habría automáticamente desacreditado la idea de que los varones son todopoderosos y las mujeres impotentes, de que los varones son opresivos y las mujeres siempre y sólo víctimas. Al asignar la culpa de la perpetuación del sexismo solamente a los varones, estas mujeres podían mantener su propia lealtad al patriarcado, su propia ansia de poder. Enmascararon su deseo de ser dominadoras con un manto de víctimas.

Como muchas feministas radicales visionarias, desafié la idea errada (propuesta por mujeres que simplemente estaban hartas de la explotación y la opresión masculinas) de que los hombres eran “el enemigo”. Ya en 1984 incluí un capítulo titulado “Men: Comrades in Struggle” [“Hombres: Camaradas en la Lucha”] en mi libro *Feminist Theory: From Margin to Center*, instando a lxs defensoras de la política feminista a desafiar cualquier retórica que culpabilizara solamente a los varones por la perpetuación del patriarcado y la dominación masculina:

La ideología separatista alienta a las mujeres a ignorar el impacto negativo del sexismo sobre la persona masculina. Refuerza la polarización entre los sexos. Según Joy Justice, las separatistas creen que existen “dos perspectivas básicas” sobre el tema de nombrar a las víctimas del sexismo: “Está la perspectiva de que los hombres oprimen a las mujeres. Y también está la perspectiva de que las personas son personas, y los roles sexuales rígidos nos dañan a todxs.” ... Ambas perspectivas describen con exactitud nuestra situación. Los hombres efectivamente oprimen a las mujeres. La gente es lastimada por los esquemas rígidos de roles sexistas. Estas dos realidades coexisten. La opresión machista de las mujeres no puede ser excusada con el reconocimiento de que hay formas en que los varones son lastimados por los roles sexistas rígidos. Las activistas feministas deberían reconocer ese daño, y trabajar para cambiarlo —ese daño existe. No borra o reduce la responsabilidad masculina en el sostenimiento y la perpetuación de su poder en el patriarcado de explotar y oprimir a las mujeres de forma mucho más nociva que el serio estrés psicológico y el dolor emocional causado por la obediencia masculina a los modelos rígidos de roles sexuales.

En este ensayo hice hincapié en el hecho de que las defensoras feministas contribuyen al dolor de los varones heridos por el patriarcado, cuando falsamente representan a los hombres como siempre y sólo poderosos, como siempre y sólo obteniendo privilegios de su obediencia ciega al patriarcado. Enfatiqué que la ideología patriarcal lava el cerebro de los varones para que crean que su propia dominación de las mujeres es beneficiosa, cuando no lo es:

A menudo las activistas feministas afirman esta lógica, cuando deberíamos constantemente nombrar estos actos como expresiones de relaciones de poder perversas, falta general de control de las propias acciones, impotencia emocional, irracionalidad extrema, y, en muchos casos, completa locura. La absorción masculina pasiva de la ideología sexista permite que los varones interpreten falsamente este comportamiento perturbado como positivo. Mientras a los varones se les lave el cerebro para equiparar la violenta dominación y el abuso de las mujeres con privilegio, no tendrán comprensión del daño hecho a sí mismos o a otrxs, y ninguna motivación para cambiar.

El patriarcado demanda de los hombres que se conviertan en minusválidos emocionales, y así queden. Dado que es un sistema lo que niega a los varones el pleno acceso a su libre albedrío, es difícil para cualquier hombre de cualquier clase rebelarse contra el patriarcado, ser desleal a su progenitor patriarcal --sea este progenitor mujer o varón.

El hombre que ha sido mi vínculo primario por más de doce años fue traumatizado por la dinámica patriarcal de su familia de origen. Cuando lo conocí tenía más de veinte años. Aunque había pasado sus años de formación con un padre alcohólico y violento, sus circunstancias cambiaron a los doce y comenzó a vivir solo con su madre. En los primeros años de nuestra relación hablaba abiertamente sobre su hostilidad y su ira hacia su padre abusador. No estaba interesado en perdonarlo ni en entender las circunstancias que habían formado e influido la vida de su padre, ya sea en su niñez o en su vida laboral como militar.

En los primeros años de nuestra relación era extremadamente crítico de la dominación masculina de mujeres y niños. Aunque no usaba la palabra “patriarcado”, entendía su significado y se oponía a él. Su comportamiento amable y tranquilo a menudo hacía que la gente lo ignorara, considerándolo débil e impotente. A la edad de treinta comenzó a asumir un personaje más macho, adoptando el modelo dominante que antes criticaba. Poniéndose el manto de patriarca, ganó mayor respeto y visibilidad. Más mujeres eran atraídas hacia él. Era más notado en las esferas públicas. Su crítica de la dominación masculina cesó. Y en efecto comenzó a hablar con retórica patriarcal, diciendo la clase de cosas sexistas que lo habrían horrorizado en el pasado.

Estos cambios en su pensamiento y comportamiento fueron provocados por su deseo de ser aceptado y afirmado en un lugar patriarcal de trabajo, y racionalizados por su deseo de salir adelante. Su historia no es inusual. Los chicos brutalizados y victimizados por el patriarcado en general se tornan patriarcales, corporizando la masculinidad patriarcal abusiva que antes reconocían claramente como malvada. Pocos varones abusados brutalmente cuando niños en nombre de la masculinidad patriarcal resisten valientemente el lavado de cerebro y se mantienen fieles a sí mismos. La mayoría de los hombres se adaptan al patriarcado de una forma u otra.

En efecto, la crítica feminista radical del patriarcado ha sido prácticamente silenciada en nuestra cultura. Se ha convertido en un discurso subcultural disponible sólo para las élites educadas. Incluso en esos círculos, utilizar la palabra “patriarcado” es considerado fuera de moda. A menudo en mis conferencias, cuando uso la frase “patriarcado capitalista imperialista supremacista blanco” para describir el sistema político de nuestro país, el público ríe. Nadie ha explicado nunca por qué llamar con exactitud a este sistema resulta gracioso. La risa es en sí misma un arma de terrorismo patriarcal. Funciona como descargo, devaluando la importancia de lo que está siendo nombrado. Sugiere que las palabras en sí mismas son problemáticas, no el sistema que describen. Interpreto esta risa como la forma que tiene el público de demostrar su incomodidad al requerírsele aliarse con una crítica antipatriarcal desobediente. Esta risa

me recuerda que si oso desafiar abiertamente el patriarcado, me arriesgo a no ser tomada en serio.

Lxs ciudadanxs de esta nación temen desafiar al patriarcado aun si carecen de una abierta consciencia de que tienen miedo, tan profundamente incorporadas están las reglas del patriarcado en nuestro inconsciente colectivo. A menudo le digo al público que si fuéramos puerta a puerta preguntando si deberíamos poner fin a la violencia masculina contra las mujeres, la mayoría de las personas daría su apoyo inequívoco. Y después, si les dijéramos que sólo podemos detener la violencia masculina contra las mujeres mediante el fin de la dominación masculina, erradicando el patriarcado, comenzarían a dudar, a cambiar su posición. A pesar de los muchos logros del movimiento feminista contemporáneo (mayor igualdad para las mujeres en los lugares de trabajo, mayor tolerancia para el abandono de los rígidos roles de género), el patriarcado como sistema se mantiene intacto, y mucha gente sigue creyendo que es necesario para que los seres humanos sobrevivan como especie. Esta creencia parece irónica, ya que los métodos patriarcales de organizar las naciones, y en especial la insistencia en la violencia como medio de control social, han efectivamente llevado a la masacre de millones de personas en el planeta.

Mientras no logremos reconocer colectivamente el daño que causa el patriarcado y el sufrimiento que crea, no podemos abordar el dolor masculino. No podemos demandar el derecho de los varones a ser enteros, a ser dadores y sostenedores de vida. Obviamente, algunos varones patriarcales son cuidadores y proveedores responsables e incluso benévolos, pero de todos modos están aprisionados por un sistema que socava su salud mental.

El patriarcado promueve la locura. Está en la raíz de los males psicológicos que afectan a los hombres de nuestra nación. Sin embargo, no existe una preocupación masiva por la difícil situación de los varones. En *Stiffed: The Betrayal of the American Man* [*Petrificados: la traición del*

*hombre estadounidense*, 1999] Susan Faludi incluye un muy reducido análisis del patriarcado:

Pidan a las feministas un diagnóstico de los problemas de los varones y a menudo recibirán una explicación muy clara: los hombres están en crisis porque las mujeres están correctamente desafiando la dominación masculina. Las mujeres están pidiendo a los hombres compartir las riendas públicas y los varones no pueden soportarlo. Pregunten a antifeministas y obtendrán un diagnóstico que es, en cierto sentido, similar. Los varones están perturbados, según muchos expertos conservadores, porque las mujeres han ido mucho más allá de sus demandas de trato igualitario y ahora están tratando de tomar el poder y el control, quitándoselo a los hombres... El mensaje subyacente: los varones no pueden ser varones, sólo eunucos, si no están en control. Tanto la visión feminista como la antifeminista están enraizadas en una percepción estadounidense peculiarmente moderna de que ser un hombre significa estar en control y sentirse siempre en control.

Faludi nunca cuestiona la idea de control. Nunca considera que sea falsa la idea de que los hombres estaban de alguna manera en control, en el poder, y satisfechos con su vida antes del movimiento feminista contemporáneo.

El patriarcado como sistema ha denegado el acceso a los varones al bienestar emocional completo, que no es lo mismo que sentirse recompensado, exitoso, o poderoso debido a la propia capacidad de afirmar control sobre otrxs. Para verdaderamente atender el dolor masculino y la crisis masculina debemos, como nación, estar dispuestxs a exponer la dura realidad de que el patriarcado ha dañado a los varones en el pasado y que continúa dañándolos en el presente. Si el patriarcado fuera gratificante, no existiría la abrumadora insatisfacción que siente la mayoría de los hombres en su vida laboral –una insatisfacción ampliamente documentada en el trabajo de Studs Terkel y retomada en el tratado de Faludi.

En muchos sentidos, *Stiffed* fue otra traición a los varones estadounidenses, porque Faludi dedica tanto tiempo a tratar de no desafiar el patriarcado que no remarca la necesidad de poner fin al patriarcado, si queremos liberar a los varones. Por el contrario, escribe:

En lugar de preguntarme por qué los hombres resisten la lucha de las mujeres por una vida más libre y más sana, comencé a preguntarme por qué los varones se abstienen de una lucha propia. Por qué, a pesar de rabietas aleatorias in crescendo, no han ofrecido ninguna respuesta metódica y razonada a su situación: dada la naturaleza insostenible e insultante de las demandas realizadas en nuestra cultura a los varones para que demuestren lo que valen, ¿por qué no se rebelan los hombres? ... ¿Por qué los varones no han respondido a la serie de traiciones en sus vidas –a los fracasos de sus padres en cumplir sus promesas– con algo recíproco al feminismo?

Nótese que Faludi no se anima a arriesgar ni la ira de las mujeres feministas (sugiriendo que los varones pueden encontrar la salvación en el movimiento feminista), ni el rechazo de los potenciales lectores masculinos que son sólidamente antifeministas, mediante la idea de que ellos tienen algo que ganar de la lucha feminista.

Hasta ahora en nuestro país el movimiento feminista visionario es la única lucha por la justicia que enfatiza la necesidad de poner fin al patriarcado. Ningún grupo masivo de mujeres ha desafiado al patriarcado, y tampoco se ha formado ningún grupo de varones para conducir la lucha. La crisis que enfrentan los hombres no es la crisis de la masculinidad, es la crisis de la masculinidad patriarcal. Mientras no aclaremos esta distinción, los varones seguirán temiendo que cualquier crítica del patriarcado represente una amenaza. Distinguiendo al patriarcado político (que considera dedicado en gran parte a terminar con el sexismo), el terapeuta Terrence Real deja en claro que el patriarcado que nos daña a todxs está integrado en nuestras psiques:

El patriarcado psicológico es la dinámica entre aquellas cualidades consideradas “masculinas” y “femeninas” en las que la mitad de

nuestros rasgos humanos son exaltados mientras la otra mitad son devaluados. Tanto hombres como mujeres participan en este atormentado sistema de valores. El patriarcado psicológico es una “danza del desprecio”, una perversa forma de conexión que reemplaza a la verdadera intimidad con capas complejas y furtivas de dominación y sumisión, complicidad y manipulación. Es el no reconocido paradigma de relaciones que ha impregnado a la civilización occidental generación tras generación, deformando a ambos sexos, y destruyendo el apasionado vínculo entre ellos.

Al resaltar el patriarcado psicológico, vemos cómo todxs estamos implicadxs, y nos liberamos de la idea errónea de que los hombres son el enemigo. Para terminar con el patriarcado tenemos que enfrentar tanto sus manifestaciones psicológicas como concretas en la vida diaria. Hay gente que puede criticar el patriarcado pero no puede actuar de manera antipatriarcal.

Para terminar con el dolor de los varones, para responder efectivamente a la crisis masculina, tenemos que nombrar el problema. Debemos a la vez reconocer que el problema es el patriarcado, y trabajar para terminar con el patriarcado. Terrence Real ofrece esta valiosa idea: “La recuperación de la integridad es un proceso aún más complejo para los varones de lo que lo ha sido para las mujeres, más difícil y más profundamente amenazador para la cultura en general.” Para que los varones recuperen la bondad esencial del ser masculino, para que retomen el espacio de generosidad y expresividad emocional que es la base del bienestar, debemos imaginar alternativas a la masculinidad patriarcal. Todxs debemos cambiar.